

ARTÍCULOS

TARIQ ALI

LA PRETENSIÓN IMPERIAL
DE RECOLONIZAR IRAQ

El 15 de febrero de 2003 más de 8 millones de personas se manifestaron en las calles de los cinco continentes contra una guerra que todavía no había empezado. Esta movilización auténticamente global –sin precedentes en cuanto a su tamaño, diversidad o escala– trataba de impedir la ocupación de Iraq que planeaba el Pentágono. La participación en Europa occidental superó todos los récords: tres millones de personas en Roma, dos millones en España, un millón y medio en Londres, medio millón en Berlín, más de cien mil en París, Bruselas y Atenas. En Estambul, donde las autoridades locales habían prohibido una manifestación de protesta invocando la «seguridad nacional», el movimiento antiguerra convocó una conferencia de prensa para denunciar la prohibición, a la que acudieron diez mil «periodistas». En Estados Unidos hubo manifestaciones de masas en Nueva York, San Francisco, Chicago y Los Ángeles y concentraciones más pequeñas en casi todas las capitales de Estado: en total más de un millón de personas. En Canadá se manifestaron otro medio millón, y en las antípodas el movimiento antiguerra reunió a 500.000 manifestantes en Sidney y 250.000 en Melbourne.

El 21 de marzo, cuando las tropas anglo-estadounidenses cruzaron la frontera iraquí, las ciudades árabes, desde hace mucho tiempo adormecidas, cobraron nueva vida con manifestaciones espontáneas en El Cairo, Saná y Ammán. En Egipto el régimen mercenario de Hosni Mubarak se aterrorizó y detuvo a 800 personas, algunas de las cuales fueron brutalmente maltratadas en prisión. En Yemen más de 30.000 personas se manifestaron contra la guerra; una muchedumbre considerable se dirigió a la embajada estadounidense y fue contenida a balazos; dos personas resultaron muertas y hubo docenas de heridos. En el protectorado israelo-estadounidense de Jordania la monarquía había aplastado ya un levantamiento en una ciudad fronteriza y ahora la emprendió contra los manifestantes en la capital. En todo el mundo árabe las calles se mostraban abiertamente nacionalistas; los manifestantes cairotas gritaban: «¿Dónde está *nuestro* ejército?». En Pakistán, los partidos religiosos se aprovecharon de la actitud proestadounidense de la Liga Musulmana y el PPP para dominar las movilizaciones antiguerra en Peshawar y Karachi. Lo mismo hicieron los islamistas en Kenia y Nigeria, aunque con mayor efec-

tividad: las embajadas estadounidenses en ambos países tuvieron que ser evacuadas. En Yakarta se manifestaron más de 200.000 personas de todas las tendencias políticas.

Hace menos de un siglo, los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional habían conseguido en Europa más de 8 millones de votos en el único intento previo de acción coordinada para evitar la guerra. En noviembre de 1912 se convocó una conferencia de emergencia de la Internacional bajo la bóveda gótica de la vieja catedral de Basilea para tratar de conjurar la inminente catástrofe de la Primera Guerra Mundial. Al entrar los delegados se les obsequió con una interpretación de la *Misa en si menor* de Bach que subrayó la solemnidad de la asamblea. Los líderes socialistas alemanes, británicos y franceses se comprometieron a oponerse a cualquier política agresiva de sus respectivos gobiernos, y se acordó que cuando llegara el momento sus diputados parlamentarios votarían contra los créditos de guerra. Se aplaudió el llamamiento de Keir Hardie¹ a una «huelga revolucionaria internacional contra la guerra», aunque no se sometió a votación; Jean Jaurès² fue sonoramente aclamado cuando señaló que «el sacrificio de una revolución sería mucho menor que el de la guerra que están preparando». Victor Adler³ leyó entonces la resolución, que fue unánimemente aprobada y que concluía: «Confrontemos el mundo capitalista de la explotación y el asesinato en masa con el mundo proletario de la paz y la fraternidad internacional».

En agosto de 1914 esos valiosos sentimientos se hundieron ante el toque de trompeta del nacionalismo. La claridad programática mostrada en Basilea se evaporó cuando los tambores de guerra convocaron a los ciudadanos de cada país a la carnicería. No se rechazaron los créditos de guerra, ni se convocó ninguna huelga, ni se promovió la revolución en ningún país. Jaurès fue asesinado por un belicista fanático, entre una creciente tormenta de histeria chovinista. Cuando una minoría de audaces y desaliñados socialistas se reunió casi a escondidas en la ciudad suiza de Zimmerwald para proponer que la guerra imperialista se convirtiera «en una guerra civil contra la reacción en cada país», la mayoría de los líderes socialdemócratas se mantuvieron rígidamente firmes mientras sus seguidores enarbolaban sus respectivas banderas y procedían a asesinarse entre sí. Más de diez millones de personas perecieron en los campos de batalla europeos defendiendo a sus respectivos capitalistas, en un conflicto que vio cómo hacía su entrada en la escena mundial una nueva gran potencia. Un siglo más tarde, Estados Unidos ha desplazado prácticamente a todos sus rivales para convertirse en protagonista –a menudo en solitario– de todos los dramas internacionales.

¹ El primer parlamentario laborista en la Cámara de los Comunes británica, que ocupaba su escaño desde 1892 [N. del T.].

² Dirigente del partido socialista francés, diputado desde 1885 [N. del T.].

³ Presidente del partido socialista austriaco, diputado desde 1905 [N. del T.].

Los más de 8 millones de manifestantes no fueron convocados esta vez por ninguna Internacional ni compartían una perspectiva programática común. Perteneían a muchas tendencias políticas y sociales diferentes, y lo único que les unía era el deseo de impedir la invasión imperialista de un país árabe rico en petróleo en una región ya desgarrada por una guerra colonial en Palestina. La mayoría de los manifestantes salieron a la calle instintivamente, porque rechazaban las justificaciones oficiales de la matanza. Para quienes la consideran «aceptable» resulta difícil entender la profundidad de la resistencia que han encontrado y el odio de tantos jóvenes. Fuera de Estados Unidos, pocos creían que el partido Baaz iraquí, encarnizadamente laico, tuviera ninguna vinculación con Al Qaeda. En cuanto a las «armas de destrucción masiva», el único arsenal nuclear en la región es el israelí; y como había señalado la propia Condoleeza Rice en las postrimerías de la Administración de Clinton, incluso si Sadam Husein hubiera dispuesto de tal arsenal no habría podido utilizarlo: «Si consiguen armas de destrucción masiva no podrán utilizarlas, porque eso supondría la aniquilación nacional del país»⁴. ¿Hace tres años no las podían utilizar, y ahora Sadam tenía que ser derrocado enviando una masiva fuerza expedicionaria anglo-estadounidense y bombardeando las ciudades iraquíes, antes de que las consiguiera? Ese pretexto no sólo no era convincente, sino que sirvió en realidad para impulsar una amplia oposición cuando millones de personas vieron que la mayor amenaza a la paz provenía no de los mermados arsenales de una dictadura en decadencia, sino del podrido corazón del imperio estadounidense y sus satrapías, Israel y Gran Bretaña. Es la conciencia de estas realidades la que ha comenzado a radicalizar a una nueva generación.

La ofensiva imperial

La Administración republicana ha aprovechado el trauma nacional del 11 de septiembre para emprender una audaz agenda imperial, de la que la ocupación de Iraq promete ser sólo la primera etapa. El programa que trata de poner en práctica fue elaborado en 1997 con el título «Proyecto para el nuevo siglo americano». Entre sus firmantes estaban Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Zalmay Khalilzad, Elliott Abrams y Dan Quayle, acompañados por alhajas intelectuales como Francis Fukuyama, Midge Decter, Lewis Libby y Norman Podhoretz. El imperio estadounidense, según ellos, no podía contentarse con el fin de la Guerra Fría: «Parece como si hubiéramos olvidado los elementos esenciales del éxito de la Administración de Reagan: un ejército fuerte y dispuesto a afrontar los desafíos presentes y futuros, una política exterior que promueva audaz y decididamente en el extranjero los principios estadounidenses y un gobierno nacional que asuma las responsabilidades globales de Estados Unidos». El lenguaje de esta camarilla, comparado con los eufemismos de la era de Clinton, es encomiablemente directo:

⁴ C. RICE, «Promoting the National Interest», *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2000.

para preservar la hegemonía estadounidense habrá que utilizar la fuerza donde y siempre que sea necesario. El nerviosismo de los europeos no les conmovía en absoluto.

El atentado en septiembre de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono fue como un regalo caído del cielo para la Administración de Bush. Al día siguiente el Consejo de Seguridad Nacional discutió si se debía atacar Iraq o Afganistán, optando por este último país sólo después de un largo debate. Un año después, los objetivos esbozados en el «Proyecto» fueron convenientemente traducidos a la «Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos», dada a conocer por Bush en septiembre de 2002. La expedición a Bagdad se planeó como el primer asalto de esa nueva actitud⁵. Doce años de bloqueo internacional respaldado por Naciones Unidas y de bombardeos anglo-estadounidenses no habían conseguido destruir el régimen del Baaz ni derribar a su líder. No podía haber mejor demostración del viraje hacia una estrategia imperial más ofensiva que convertirlo en ejemplo de escarmiento. Aunque son muchas las razones que explican la elección de Iraq como blanco, todas ellas son bastante evidentes. Económicamente, Iraq posee las segundas reservas de petróleo barato en el mundo; la decisión de Bagdad en septiembre de 2000 de facturar sus exportaciones de petróleo en euros en lugar de dólares amenazaba ser imitada por Chávez en Venezuela y los mulás iraníes. La privatización de los pozos iraquíes bajo control estadounidense ayudaría a debilitar a la OPEP. Estratégicamente, la existencia de un régimen árabe independiente en Bagdad había sido siempre muy irritante para el ejército israelí y aun cuando Sadam era el aliado de Occidente, el ejército israelí suministró piezas de repuesto a Teherán durante la guerra Irán-Iraq. Con la instalación de republicanos fanáticos cercanos al Likud ocupando posiciones clave en Washington, la eliminación de un adversario tradicional de Israel se convirtió en un objetivo de atractivo inmediato para Tel Aviv. Por último, del mismo modo que el uso de armas nucleares en Hiroshima y Nagasaki sirvió en su momento como demostración del poderío americano frente a la Unión Soviética, hoy día una *blitzkrieg* [guerra relámpago] en Iraq serviría para mostrar al conjunto del mundo, y quizás en particular a los países del Lejano Oriente –China, Corea del Norte y hasta Japón–, que cuando llega el momento de la verdad Estados Unidos cuenta en último término con los medios necesarios para que se cumpla su voluntad.

El pretexto oficial para la guerra –que era vital eliminar las temibles armas de destrucción masiva iraquíes– era tan endeble que quedó descartado

⁵ David Frum, quien durante un tiempo escribió los discursos de George W. Bush, argumentaba en *The Right Man*: «Un derrocamiento impulsado por Estados Unidos de Sadam Husein –y la sustitución de la dictadura baazista radical por un nuevo gobierno más alineado con Estados Unidos– le daría un control más directo sobre la región que el que nunca tuvieron los otomanos ni los propios romanos».

como un peso muerto cuando ni los muy serviles inspectores de la ONU –un cuerpo descaradamente infiltrado por la CIA– fueron capaces de hallar ningún rastro de ellas, viéndose obligados a pedir más tiempo. Esto no impedirá su «hallazgo» después de la guerra, pero casi nadie concede ya mucha importancia a ese adefesio impresentable. La justificación para invadir Iraq es ahora la imperiosa necesidad de llevar la democracia al país, disfrazando la agresión de liberación. Pero en Oriente Próximo son pocos los engañados, ya sean amigos o enemigos de la Administración estadounidense. Los pueblos del mundo árabe ven la Operación Libertad Iraquí como una farsa grotesca, una coartada para una ocupación colonial al viejo estilo europeo, construida como sus predecesoras sobre los fundamentos más lábiles, innumerables falsedades, codicias y fantasías imperiales. El cinismo de los actuales subterfugios estadounidenses acerca de la democracia que llevarán a Iraq se puede deducir de las observaciones de Colin Powell en una conferencia de prensa en 1992, cuando era presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor con Bush padre. Esto es lo que tenía que decir sobre el proyecto que ahora está, según dicen, en marcha:

Sadam Husein es una persona terrible, una amenaza para su propio pueblo. Creo que a su pueblo le iría mejor con un líder diferente, pero no es sino una idea romántica pensar que si Sadam Husein fuera atropellado mañana por un autobús aparecería inmediatamente algún demócrata jeffersoniano, oculto hasta ahora entre bastidores, para convocar elecciones democráticas [risas]. Lo más probable es que aparezca otro Sadam Husein. Les llevará algo de tiempo sustituir los retratos en las paredes [risas], pero no cabe hacerse ilusiones sobre la naturaleza de ese país o su sociedad. Y el pueblo estadounidense y toda la gente que nos critica ahora se indignarían si hubiéramos marchado sobre Bagdad y nos encontráramos allí, con soldados estadounidenses patrullando por las calles dos años después, buscando todavía a Jefferson [risas]⁶.

Ahora Powell se asegurará de que los demócratas jeffersonianos lleguen allí junto con el aire acondicionado y el resto de los suministros. Sabe que tendrán que ser custodiados noche y día por escuadrones de mercenarios estadounidenses, como el pelele Karzai en Kabul.

Viejos mastines y nuevos satélites

Por un lado, pues, un amplio clamor popular contra la invasión de Iraq; por otro, una Administración estadounidense fría y descaradamente resuelta a llevarla a cabo desde el comienzo. Entre ambos, los gobiernos del resto del mundo. ¿Cómo han reaccionado éstos? Londres, como cabía esperar, como un secuaz sanguinario de Washington de principio a fin. El imperialismo laborista es una larga tradición, y Blair ya había mostrado en

⁶ Citado por Robert BLECHER, «“Free People Will Set the Course of History”: Intellectuals, Democracy and American Empire», *Middle East Report Online*, marzo de 2003.

la guerra de los Balcanes que se podía comportar más como un obediente mastín, gruñendo sin soltarse de la trailla, que como un mero caniche de compañía. Dado que Gran Bretaña ha venido bombardeando continuamente Iraq, hombro con hombro con Estados Unidos desde que el Nuevo Laborismo asumió el poder, sólo los más ingenuos se podían sorprender por el envío de la tercera parte del ejército británico a la mayor de las antiguas colonias del imperio en Oriente Próximo o por el regateo en torno a propuestas de «rebeldes» de la calaña de Cook o Short en la Cámara de los Comunes, lamentando la violencia pero deseando que Dios bendijera a sus responsables.

Los gobiernos de Berlusconi en Italia y de Aznar en España –los más derechistas de toda la Unión Europea– se ofrecieron como aliados a Blair para unir a la causa a otros socios menores europeos como Portugal y Dinamarca, mientras que Simitis ofrecía las instalaciones griegas para los aviones-espía estadounidenses. Los países del Este de Europa, dando un nuevo significado al calificativo *satélite* que los había caracterizado durante tanto tiempo, se alinearon como uno solo tras Bush. Los partidos ex comunistas en el poder en Polonia, Hungría y Albania se distinguieron en su celo para demostrar su nueva lealtad: Varsovia envió un contingente de tropas para combatir en Iraq, Budapest proporcionó los campos de entrenamiento para los exiliados iraquíes y hasta la pequeña Tirana ofreció gallardamente no combatientes para colaborar en la batalla.

Los gobiernos francés y alemán, por otro lado, mantuvieron durante meses que se oponían terminantemente a un ataque estadounidense contra Iraq. Schroeder debía su reelección por estrecho margen al compromiso de no apoyar una guerra contra Bagdad, aunque fuera autorizada por la ONU. Chirac, que disponía del derecho de veto en el Consejo de Seguridad, fue aún más locuaz, declarando que un ataque no autorizado contra el régimen baazista no sería aceptado nunca por Francia. Moscú se unió a París y Berlín para expresar su desacuerdo con los planes estadounidenses. Hasta Pekín emitió unas cautelosas quejas y reparos. Las iniciativas franco-alemanas despertaron gran excitación y consternación entre los comentaristas diplomáticos; se estaba produciendo un cisma sin precedentes en la Alianza Atlántica. ¿Qué iba a pasar con la unidad europea, con la OTAN, con la «comunidad internacional», si persistía una escisión tan desastrosa? ¿Podía sobrevivir siquiera la idea de Occidente? Tales temores hallaron no obstante pronto sosiego; tan pronto como los misiles Tomahawk iluminaron la noche de Bagdad y los marines fulminaron a los primeros civiles iraquíes, Chirac se apresuró a explicar que Francia permitiría el paso de los bombarderos estadounidenses por su espacio aéreo (algo que no había hecho cuando, siendo primer ministro, Reagan atacó a Libia), y deseó un «rápido éxito» al ejército estadounidense en Iraq. El ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joschka Fischer, anunció con un verde cadavérico que su gobierno también esperaba sinceramente el «colapso rápido» de la resistencia frente al ataque anglo-estadounidense.

Putin, para no quedarse atrás, explicó a sus compatriotas que Rusia, «por razones económicas y políticas», también deseaba una victoria decisiva de Estados Unidos en Iraq. Ni siquiera los partidos de la Segunda Internacional se habrían comportado más honorablemente.

Lejos de allí, la escena era muy similar. En Japón, Koizumi se adelantó incluso a sus colegas europeos anunciando su apoyo total a la agresión anglo-estadounidense, prometiendo la generosidad de los contribuyentes japoneses para contribuir a financiar la ocupación. El nuevo presidente de Corea del Sur, Roh Moo-hyun, elegido con gran esperanza por la juventud del país como radical e independiente, se desacreditó al instante ofreciendo no solamente su aprobación a la guerra estadounidense en Oriente Próximo, sino también tropas para combatir en ella, siguiendo la infame tradición del dictador Park Chung Hee en la guerra de Vietnam. Si ése va a ser el comportamiento del nuevo Seúl, Pyongyang haría bien en acelerar su preparación militar contra cualquier repetición de la misma aventura en la península coreana. En América Latina, el régimen del PT en Brasil se limitó a mascullar unas pocas reservas a media voz, mientras que en Chile el presidente socialista Ricardo Lagos –rebajando aún más los niveles de servilismo habituales en la socialdemocracia del hemisferio sur– telegrafió frenéticamente a su embajador en Estados Unidos, que había deslizado irresponsablemente la palabra «condena» conversando con unos periodistas, para que hiciera pública inmediatamente una corrección oficial: Chile no condenaba, solamente «lamentaba» la invasión anglo-estadounidense.

En Oriente Próximo el panorama de hipocresía y colusión es más familiar. Pero aun con la abrumadora oposición de la opinión pública árabe, ningún régimen cliente dejó de cumplir con su deber frente al dueño de los recursos financieros. En Egipto Mubarak ofreció paso libre a la Marina estadounidense a través del canal de Suez y su espacio aéreo a la USAF, mientras que su policía apaleaba y detenía a cientos de manifestantes. La monarquía saudí invitó a los misiles de crucero a sobrevolar su territorio y permitió que los centros de mando estadounidense operaran normalmente desde él. Los Estados del Golfo se convirtieron en la práctica, ya hace tiempo, en anexos militares de Washington. Jordania, que había conseguido mantenerse más o menos neutral durante la primera guerra del Golfo, esta vez ofreció bases para que las fuerzas especiales estadounidense merodearan por su frontera. Los mulás iraníes, tan opresivos en su país como estúpidos en el extranjero, colaboraron con operaciones de la CIA al estilo afgano. La Liga Árabe se superó a sí misma como expresión colectiva de ignominia, anunciando su oposición a la guerra mientras la mayoría de sus miembros participaban en ella. Esta organización es capaz de seguir llamando negra a la Kaaba mientras la pinta de rojo, blanco y azul.

Nunca se había mostrado tan claramente la realidad de la «comunidad internacional» –léase la hegemonía global estadounidense– como en este

triste panorama. Sobre ese trasfondo de connivencia y traición generalizadas, destacan unos pocos –muy pocos– actos de auténtica resistencia. La única institución elegida que intentó de hecho parar la guerra fue el Parlamento turco. El recién elegido régimen del AKP [Partido de la Justicia y el Desarrollo] no se comportó mejor que sus colegas de otros países, regateando carroñeramente mayores compensaciones a cambio de que Turquía fuera utilizada como plataforma para un ataque terrestre estadounidense sobre el norte de Iraq. Pero las presiones de las masas, reflejos de orgullo nacional o remordimientos de conciencia llevaron a un número suficientemente grande de parlamentarios del AKP a rebelarse contra esa transacción y bloquearla, trastornando los planes del Pentágono. El gobierno de Ankara se apresuró a abrir su espacio aéreo a los misiles y paracaidistas estadounidenses, pero la iniciativa del Parlamento turco –desafiando a su propio gobierno, por no hablar del de Estados Unidos– alteró el curso de la guerra, a diferencia de los fútiles mohínes europeos que se evaporaron en el aire en cuanto comenzaron los bombardeos. En Indonesia Megawati llamó la atención sobre la desnudez del emperador pidiendo una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad para condenar la expedición anglo-estadounidense. Naturalmente, después de meses de jadeos y resuellos de París, Berlín y otros sobre la santísima autoridad de la ONU, la respuesta fue un silencio total. En Malasia Mahathir –rompiendo, no por primera vez, un tabú diplomático– pidió abiertamente la dimisión de Kofi Annan por su papel como trotaconventos de la agresión estadounidense. Estos políticos comprendieron mejor que otros del Tercer Mundo que el imperio estadounidense estaba utilizando su enorme arsenal militar para dar una lección al Sur sobre el poder del Norte para intimidarle y someterle a su control.

El síndrome de Quisling

La guerra contra Iraq se planeó siguiendo la línea establecida por sus predecesoras en Yugoslavia y Afganistán. Está claro que los políticos y generales de Washington y Londres contaban con repetir en lo esencial el modelo de Kosovo-Kabul: masivos bombardeos aéreos que pusieran de rodillas a los oponentes sin necesidad de grandes combates sobre el terreno⁷. En los casos anteriores no hubo resistencia real, una vez que los B-52 y las bombas cortamargaritas hubieron hecho su trabajo. Pero también se contó para alcanzar el resultado deseado con los indispensables «aliados» de los regímenes señalados como blanco. En los Balcanes fueron los emisarios de Yeltsin los que indujeron a Milosevic a meter la cabeza en el lazo estadounidense retirando sus tropas intactas de sus búnkeres en Kosovo. En Afganistán fue Musharraf quien consiguió que el grueso de las fuerzas tali-

⁷ Cuando Bush concedió una audiencia a Kanan Makiya en el despacho oval a finales de enero, éste le halagó prometiéndole «que las tropas estadounidenses invasoras serían recibidas con “dulces y flores”». La realidad resultó ser ligeramente diferente. Véase el *New York Times* del 2 de marzo de 2003.

banes y sus «consejeros» paquistaníes se dispersaran en cuanto comenzó la operación Libertad Duradera. En ambos países fue el patrón externo al que los regímenes locales habían confiado su protección el que tiró de la alfombra derribándolos.

En Iraq, en cambio, la dictadura del Baaz había sido siempre una estructura más firme y resistente. Había recibido apoyo diplomático y militar del extranjero en diferentes fases de su trayectoria (incluido, por supuesto, el de Estados Unidos, así como el de Rusia), pero nunca había dependido estrictamente de él. Confiando, sin embargo, en que sus altos mandos fueran frágiles y venales, Washington trató repetidamente de sobornar a los generales iraquíes para que cambiaran de bando o simplemente asesinaran a Sadam. Cuando tales intentos –prolongados hasta el último momento– se demostraron inútiles, el Pentágono no tuvo otra opción que iniciar una campaña terrestre convencional. La fuerza económica y militar del imperio estadounidense es tan desproporcionada que, a menos que se produjera una rebelión en los propios Estados Unidos o una intifada en todo el mundo árabe que extendiera la guerra por la región, podría confiar en la ocupación militar de Iraq. Lo que no podía era predecir con certeza el resultado político de un acto de fuerza tan masivo.

De hecho, el ejército iraquí no se desintegró al primer golpe; hubo pocas indicaciones de agradecimiento popular hacia los invasores y bastantes más de resistencia guerrillera, y una cólera creciente en el mundo árabe a medida que aumentaban las víctimas civiles de los misiles, morteros e incursiones aéreas. Durante unos días los ejércitos cruzados consiguieron hacer de Sadam Husein un héroe nacionalista, y sus retratos proliferaron en las manifestaciones en Ammán, Gaza, El Cairo y Saná. Cuando escribo estas líneas los hospitales de Bagdad están atestados de heridos y moribundos, mientras la ciudad está siendo tomada por los tanques estadounidenses. «Lo controlamos todo», declara un coronel estadounidense inspeccionando la destrozada capital con el mismo espíritu del comandante de una SS-Panzerdivision en 1940⁸. Tras las columnas blindadas, el Pentágono tiene a la espera un régimen de ocupación encabezado por el antiguo general estadounidense Jay Garner, un traficante de armas cercano al *lobby* sionista, con *quislings* [esquiroles] variados –estafadores y chalanes como Ahmed Chalabi y Kanan Makiya– en la reserva. Las autoridades estadounidenses podrán confeccionar lo que llamarán un régimen representativo, con elecciones, una asamblea, etcétera, mientras que la «administración transitoria» será financiada sin duda con la venta de activos iraquíes. Pero cualquier ilusión de que se pueda llevar a cabo una

⁸ Titular de *Los Angeles Times*, 7 de abril de 2003. Los entusiastas de la guerra plantean sin ningún escrúpulo las analogías con la *blitzkrieg* [guerra relámpago] de Hitler en 1940; véase por ejemplo Max Boot en *The Financial Times*, 2 de abril: «Los franceses combatieron duramente en 1940... al principio. Pero finalmente la velocidad y ferocidad del avance alemán les condujo a un colapso total. Lo mismo sucederá en Iraq». El recuerdo de lo que sucedió en Francia después de 1940 podría enfriar quizá tanto entusiasmo bélico.

transición suave y apacible se ha desvanecido ya. Tendrán que emplear una dura represión, no sólo contra miles de militantes del Baaz leales al régimen anterior, sino contra sentimientos patrióticos iraquíes de todo tipo, por no hablar de la necesidad de proteger a los colaboracionistas frente a las represalias nacionalistas.

La ausencia de bienvenida espontánea de los chiíes y la feroz resistencia de los irregulares armados han suscitado la teoría de que los iraquíes son un «pueblo enfermo» que necesitará un largo tratamiento antes de que se le pueda confiar su propio destino. Ésa fue la línea defendida por el columnista «blairita» David Aaronovitch en *The Observer*. De forma parecida, George Mellon advierte en *The Wall Street Journal*: «Iraq no se recobraría fácilmente del terror de Sadam [...], tras tres décadas del equivalente árabe del crimen organizado, Iraq es una sociedad muy enferma». Desarrollar una «sociedad ordenada» y comunicar energía (privatizar) a la economía llevará su tiempo, insiste Mellon. En la primera página del *Sunday Times*, su reportero Mark Franchetti citaba a un suboficial estadounidense, el cabo Ryan Dupre, afirmando: «Los iraquíes son un pueblo enfermo y nosotros somos la quimioterapia [...]. Estoy empezando a odiar este país. Espera a que agarre a un maldito iraquí. Sólo quiero coger a uno de ellos y matarlo». El reportaje –en el principal periódico de Murdoch– prosigue describiendo cómo esa unidad mató no a uno sino a varios civiles iraquíes ese mismo día⁹. Sin duda la teoría de la «sociedad enferma» se presentará con mayor sofisticación, pero está clara la confección de pretextos para establecer una mezcla de Guantánamo y Gaza en esos Territorios Ocupados de nuevo cuño.

Naciones Unidas de América

Habrá, por supuesto, peticiones de los gobiernos europeos para que la ONU se haga cargo de las conquistas del ejército estadounidense, que Blair, más ejercitado que Bush en la verborrea empalagosa, secundará por razones propias. Se hablará mucho de ayuda humanitaria, de la urgencia de aliviar el sufrimiento civil y de la necesidad de que la comunidad internacional «vuelva a unirse». En tanto no se le ceda ningún poder real, Estados Unidos tiene todo que ganar de una bendición *ex post facto* a su agresión por parte de la ONU, como en Kosovo. Los meses de fintas retóricas en el Consejo de Seguridad –mientras que, con el pleno conocimiento de todas las partes, Washington ponía a punto la laboriosa logística del ataque contra Iraq– le costaron bien poco. Una vez que tenía la Resolución 1.441 en el bolsillo, aprobada unánimemente –incluidos los votos de Francia, Rusia y China, por no hablar de Siria–, el resto era puro decorado. Hasta el embajador francés en Washington, Jean-David Levitte, había pedido a Estados Unidos que no siguiera adelante con la segunda resolución: «Semanas antes de que se presentara

⁹ *Sunday Times*, 30 de marzo de 2003.

acudí al Departamento de Estado y a la Casa Blanca para decirles: “No lo hagan... No la necesitan”¹⁰.

Evidentemente, fue más la hipocresía de Londres que la obcecación de Washington lo que hizo pasar a la ONU, sin éxito, por la farsa de una nueva «autorización»; pero el consejo de Levitte pone de manifiesto la naturaleza real de las Naciones Unidas, que desde que terminó la Guerra Fría ha sido poco más que un instrumento desechable de la política estadounidense. El punto de inflexión en esta transformación fue la destitución de Boutros-Ghali como secretario general, pese al voto en su favor de todos los miembros del Consejo de Seguridad salvo Estados Unidos, por haberse atrevido a criticar la prelación occidental hacia Bosnia a expensas de las tragedias mucho más graves en África. Una vez que Washington logró su sustitución por Kofi Annan —el Waldheim africano, premiado por ayudar a la Administración de Clinton a desviar la ayuda y la atención del genocidio que se estaba perpetrando en Ruanda—, la organización quedó asegurada en manos estadounidenses.

Eso no significa que se pueda confiar en que responda a la voluntad de Estados Unidos en todas las cuestiones, como demuestra el fracaso de sus esfuerzos en proporcionar una coartada a Blair. Tampoco es que sea necesario; lo que sí lo es —y ahora ciertamente más fácil— es que se pliegue a los deseos de Estados Unidos o los ratifique *a posteriori*. Lo que no puede hacer es condenarlos u obstruirlos. El ataque contra Iraq, como antes el ataque contra Yugoslavia, es una violación descarada de la Carta de Naciones Unidas, pero ningún Estado miembro del Consejo de Seguridad soñó siquiera en convocar una reunión de emergencia sobre el asunto, y menos aún en proponer una resolución condenando la guerra. En cierto sentido habría sido hipócrita, ya que la agresión se derivaba lógicamente de todo el marco vindicativo del bloqueo de Iraq desde la guerra del Golfo, que había añadido ya varios cientos de miles de muertos a la cuenta del Consejo de Seguridad desde su actuación en Ruanda, siguiendo las instrucciones estadounidenses¹¹. Enjuiciar a Estados Unidos apelando a la autoridad de la ONU es como esperar que el mayordomo despidiera al amo.

Recordar esas verdades obvias no significa ignorar las divisiones que han surgido en la «comunidad internacional» sobre la guerra contra Iraq. Cuando la Administración de Clinton decidió lanzar su ataque contra Yugoslavia, no pudo conseguir la autorización del Consejo de Seguridad porque Rusia no estaba dispuesta a avalarlo; por eso recurrió a la OTAN, esperando acertadamente que Moscú se incorporaría más tarde y la ONU ratificaría la guerra una vez que hubiera acabado. Ahora era la propia OTAN la que aparecía dividida, y por eso no se la podía utilizar como sustituto de la

¹⁰ *Financial Times*, 26 de marzo de 2003.

¹¹ Sobre ese trasfondo de la guerra, véase mi artículo «Nuestros Herodes: estrangular al pueblo iraquí» en *NLR* 6, enero-febrero de 2001.

ONU. Pero sería insensato suponer que el resultado hubiera podido ser muy diferente.

Ha sido la primera vez desde el final de la Guerra Fría que un desacuerdo entre el núcleo interno de la Unión Europea y Estados Unidos se convertía en una desavenencia pública, se veía en televisión y contribuía a polarizar la opinión pública a ambos lados del Atlántico. Pero sólo una corta memoria periodística podía olvidar que durante la propia Guerra Fría se había producido una disputa aún más dramática, motivada por el mismo tipo de aventura en la misma región. En 1956 una expedición «unilateral» anglofrancesa, en colusión con Israel, intentó llevar a cabo un cambio de régimen en Egipto con gran indignación de Estados Unidos, que no había sido consultado de antemano y temía que aquella aventura pudiera abrir la puerta a la influencia comunista en Oriente Próximo. Cuando la Unión Soviética amenazó con utilizar cohetes para ayudar a Nasser, Eisenhower ordenó a Gran Bretaña que se retirara de Egipto con la amenaza de serias sanciones económicas, y el ataque tripartito tuvo que ser abandonado. Esta vez los papeles se han invertido en gran medida, con Francia y Alemania desaprobando una expedición estadounidense, mientras que Gran Bretaña –perro de presa perpetuo– volvía a unirse a la aventura.

La diferencia, por supuesto, es que ahora no existe una Unión Soviética a la que haya que incluir en el cálculo de una agresión, y el poder abrumador sigue estando en Estados Unidos, no en Europa. Pero las lecciones de 1956 no han perdido importancia. Las agrias disputas internacionales son del todo compatibles con la unidad básica de intereses entre las principales potencias capitalistas, que rápidamente se recomponen. El fracaso de la expedición de Suez impulsó a Francia a firmar el Tratado de Roma, con el que se creó la Comunidad Económica Europea, concebida en parte como contrapeso frente a Estados Unidos. Pero los propios Estados Unidos apoyaron la creación de la Comunidad Europea, cuya ampliación hoy sirve a sus propósitos, como comienza a percibir con inquietud la elite francesa, aunque demasiado tarde para evitarlo. Es probable que el malestar entre Washington y París/Berlín persista tras la fricción pública de los últimos meses, aunque, como se nos repite una y otra vez, todas las partes se esforzarán por dejarlo atrás. Dentro de la propia Unión Europea, el papel de Gran Bretaña respaldando a Estados Unidos contra Alemania y Francia, mientras pretendía jugar de intermediario, la ha mostrado una vez más como caballo de Troya en la Comunidad. Pero los días en que De Gaulle podía estorbar de verdad a Estados Unidos hace mucho tiempo que han pasado. Chirac y Blair se reconciliarán y besarán muy pronto.

¿Qué hacer?

Si es inútil pretender que las Naciones Unidas o Eurolandia, y menos aún Rusia o China, supongan un serio obstáculo para los designios estadou-

midenses en Oriente Próximo, ¿dónde podría iniciarse la resistencia? En primer lugar, naturalmente, en la propia región. Cabe esperar que los invasores de Iraq acaben siendo expulsados del país por una creciente reacción nacional frente al régimen de ocupación que instalen, y que sus colaboradores tengan el mismo destino que Nuri Said¹². Más pronto o más tarde, el anillo de tiranías corruptas y brutales en torno a Iraq se romperá. Si hay un área en la que el cliché de que las revoluciones clásicas son cosa del pasado es probable que se demuestre equivocado, es el mundo árabe. El día en que las dinastías de Mubarak, Assad, hachemita, saudí y otras sean barridas por la ira popular, la arrogancia estadounidense —e israelí— en la región se habrá acabado.

En la propia patria imperialista, entretanto, la oposición al sistema dominante debería tomar ejemplo del propio pasado de Estados Unidos. En los últimos años del siglo XIX Mark Twain, escandalizado por las reacciones chovinistas frente a la rebelión de los *boxer* en China y por la conquista estadounidense de Filipinas, hizo sonar la alarma. Había que oponerse al imperialismo, declaró. En 1899 una gigantesca asamblea en Chicago dio lugar a la Liga Antiimperialista Americana. Al cabo de dos años sus miembros habían aumentado hasta medio millón y entre ellos se encontraban William James, W. E. B. DuBois, William Dean Howells y John Dewey. Hoy día, cuando Estados Unidos es la única potencia imperial, lo que se necesita es una Liga Antiimperialista global, pero el componente estadounidense de ese frente sería decisivo. La resistencia más efectiva empieza en casa. La historia del ascenso y caída de los imperios nos enseña que es cuando sus propios ciudadanos pierden por fin la fe en la virtud de la guerra sin fin y las ocupaciones permanentes cuando el sistema entra en retirada.

El Foro Social Mundial se ha concentrado hasta ahora en el poder de las corporaciones multinacionales y las instituciones neoliberales. Pero éstas siempre se han apoyado en los fundamentos de la fuerza imperial. Friedrich von Hayek, el inspirador del «consenso de Washington», creía coherente y firmemente en las guerras como puntales del nuevo sistema, defendiendo el bombardeo de Irán en 1979 y el de Argentina en 1982. El Foro Social Mundial debería asumir ese reto. ¿Por qué no iniciar una campaña por el cierre de todas las bases militares e instalaciones estadounidenses en el extranjero, esto es, en los más de cien países en los que Estados Unidos tiene estacionados actualmente soldados, aviones o abastecimiento? ¿Qué justificación tiene este vasto pulpo, aparte del ejercicio del poderío estadounidense? Las preocupaciones económicas del Foro no son contradictorias con esa ampliación de su agenda. La economía, después de todo, es sólo una forma concentrada de política, y la guerra una prolongación de ambas por otros medios.

¹² Dirigente de un grupo de oficiales árabes en el ejército otomano que se pasaron a los Aliados en la Primera Guerra Mundial; tras ocupar repetidamente el puesto de primer ministro del rey Faisal, fue muerto durante el golpe de Estado del 14 de julio de 1958 [N. del T.].

ARTÍCULOS

Por el momento nos vemos rodeados por políticos, expertos, prelados e intelectuales que nos explican en letra impresa o por las ondas lo mucho que se opusieron a la guerra, pero que ahora que ha empezado creen que la mejor forma de demostrar su amor a la humanidad es desear una rápida victoria de Estados Unidos, de forma que se ahorre a los iraquíes un sufrimiento innecesario. Esos figurones no pusieron objeciones, en general, al criminal régimen de sanciones ni a la correspondiente dosis semanal de incursiones y bombardeos anglo-estadounidenses, que colmaron de miseria a la población iraquí durante los pasados doce años. El único mérito de ese coro nauseabundo es dejar claro, por el contrario, lo que implica una oposición real a la conquista de Iraq.

Las tareas inmediatas que debe afrontar el movimiento antiimperialista son el apoyo a la resistencia iraquí frente a la ocupación anglo-estadounidense y la oposición a cualquier plan de llevar a la ONU a Iraq como coartada retrospectiva para la invasión y servicio posventa para Washington y Londres. Que los agresores paguen el coste de sus propias ambiciones imperiales. Deberíamos desmontar todos los intentos de disfrazar la reconquista de Iraq como un nuevo mandato de la Sociedad de Naciones, similar a los vigentes durante la década de 1920. Blair será el principal impulsor de esa idea, pero contará con el apoyo de muchos extras europeos. Bajo esa obscena campaña, cuyo comienzo se está empezando a ver ya en los canales de televisión de Murdoch, en la BBC y en la CNN, está el urgente deseo de reunificar Occidente. El grueso de la opinión oficial europea, y una parte sustancial de la estadounidense, está desesperada por iniciar el «proceso de curación» posbélico. La única respuesta posible a lo que nos espera es el lema que se ha oído esta primavera en las calles de San Francisco: «Ni su guerra ni su paz».

8 de abril de 2003